¿Dónde estás tú?

Génesis 3 · Por: Jaime Vásquez

La comunión en el huerto

Dios creó al hombre y a la mujer y los unió en matrimonio (Génesis 2:24), y nuestros padres Adán y Eva tuvieron el gran privilegio de gozar de una gran amistad con su Creador. Por su amor, Dios les hizo un huerto y los puso en él para que lo labraran y lo guardaran (Génesis 2:15). Esto nos enseña que el trabajo no vino como consecuencia del pecado: ellos ya trabajaban antes de pecar.

Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza (Génesis 1:26-27). Eso significa que podían analizar, tomar decisiones y poner nombre a los animales (Génesis 2:19-20), y sobre todo que tenían libre albedrío. Recordemos también que Adán y Eva solo habían tratado con nuestro Dios, que siempre hablaba verdad y la expresaba con mucha claridad.

La mentira y la tentación

En el capítulo 3 se nos enseña que satanás engañó a Eva. Apocalipsis 12:9 nos dice quién era esa serpiente: «la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás». Su pregunta a Eva fue: «¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?» (Génesis 3:1).

> *«Y la mujer respondió a la serpiente: Del fruto de los árboles del huerto podemos comer; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis». Génesis 3:2-3*

Comparemos la respuesta de Eva con lo que Dios había dicho (Génesis 2:16-17). Dios dio este mandato a Adán antes de que Eva fuera formada (Génesis 2:22), así que probablemente ella lo conoció por medio de su esposo. Notemos tres detalles:

- Dios dijo: «De todo árbol del huerto podrás comer». Eva dijo solamente: «podemos comer».
- Dios no habló de tocar. Eva añadió: «ni le tocaréis».

- Dios dijo: «ciertamente morirás». Eva dijo: «para que no muráis».

Algunos piensan que «ni le tocaréis» era solo una manera de decir que, para comerlo, tendrían que bajarlo con sus manos. Pero también es posible que la palabra de Dios ya se estuviera torciendo: se le quitaba, se le añadía y se suavizaba la advertencia. Dios nos manda no añadir ni quitar a su palabra (Deuteronomio 4:2; Proverbios 30:6).

Es bueno tener esto presente para que veamos el poder que satanás usó a través de la mentira. Fue la primera vez que Eva escuchó una gran mentira (Génesis 3:4-5). Jesús dijo que el diablo es mentiroso y padre de mentira (Juan 8:44). Esta gran mentira de satanás tenía tres dardos:

1. No moriréis. (Seguirán viviendo).
2. Vuestros ojos serán abiertos. (Tendrán conocimiento pleno).
3. Seréis como Dios. (Vanagloria).

Eva escuchó la mentira y luego miró el árbol de otra manera. Génesis 3:6 nos dice tres cosas que ella

vio, y se parecen mucho a lo que enseña 1 Juan 2:15-17:

Lo que Eva vio (Génesis 3:6)	Lo que hay en el mundo (1 Juan 2:16)
«bueno para comer»	los deseos de la carne
«agradable a los ojos»	los deseos de los ojos
«codiciable para alcanzar la sabiduría»	la vanagloria de la vida

Para Eva no valió el mandato de Dios. Génesis 3:6 dice que «dio también a su marido, el cual comió así como ella», y algunas versiones traducen que su marido «estaba con ella». Eva discutió un poco con la serpiente, pero de Adán no se nos dice nada: solamente que Eva le dio y él comió sin preguntar nada. Si estaba presente, calló cuando debía hablar.

Esta desobediencia la menciona el Espíritu Santo a través del apóstol Pablo: «y Adán no fue engañado, sino que la mujer, siendo engañada, incurrió en transgresión» (1 Timoteo 2:14).

Vergüenza y miedo

Lo segundo que dijo satanás resultó al instante: ambos se dieron cuenta de que estaban desnudos. En ese instante perdieron su inocencia. Podemos leer Eclesiastés 7:29.

Al verse desnudos se taparon con hojas de higuera (Génesis 3:7). Esa fue la primera vestimenta que inventó el hombre para cubrir su desnudez (o para no mostrarla).

¿Dónde estás tú?

Ahora escuchan que Dios anda por el huerto y se esconden. Pero nadie puede esconderse de Dios, como dijo el salmista (Salmo 139:7-12). Dios les hace la primera pregunta: «¿Dónde estás tú?» (Génesis 3:9). Sabemos que Dios lo sabe todo; ese mismo salmo nos dice que Él nos examina y nos conoce (Salmo 139:1-6). Entonces la pregunta no es porque Dios esté buscando información o ubicación: Dios sabía dónde estaban escondidos. La pregunta es para el beneficio de ambos; ellos tenían que darse cuenta de que ahora estaban en

pecado. Ahora sienten miedo y vergüenza, y por eso se escondieron (Génesis 3:10).

Las preguntas de Dios y las excusas del hombre

Ahora Dios hace más preguntas: «¿Quién te enseñó que estabas desnudo? ¿Has comido del árbol de que yo te mandé no comieses?» (Génesis 3:11). ¿Por qué Dios se dirige primero a Adán? Porque él es la cabeza (1 Corintios 11:3; Efesios 5:23), y por medio de él entró el pecado en el mundo (Romanos 5:12). Ahora el hombre revela una actitud que antes no tenía: no acepta su culpa y busca otros culpables.

Dice Adán: «La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí» (Génesis 3:12). Es posible que Adán no esté culpando tanto a Eva sino a Dios: «la mujer que *me diste*». Es como si alguien dijera: «Bien estaba yo solo».

Ahora Dios se dirige a Eva: «Entonces Jehová Dios dijo a la mujer: ¿Qué es lo que has hecho? Y dijo la mujer: La serpiente me engañó, y comí» (Génesis 3:13). Imitando a su esposo, Eva culpó a la

serpiente: «me engañó, y comí». En esta frase quedó todo el fracaso de la humanidad.

Las consecuencias del pecado

La serpiente

Ahora Dios va con la serpiente: «Y Jehová Dios dijo a la serpiente: Por cuanto esto hiciste, maldita serás entre todas las bestias y entre todos los animales del campo; sobre tu pecho andarás, y polvo comerás todos los días de tu vida» (Génesis 3:14). Pero a ella no le pregunta nada, porque Dios no le había dado ningún mandato. Ahora Dios empieza con las consecuencias del pecado: no importa si satanás fue el autor intelectual o si Adán y Eva fueron los engañados; el daño está hecho. La serpiente andará sobre su pecho y su comida será el polvo.

La primera promesa del Mesías

En medio de la derrota, la tristeza y el dolor, Dios expresa la primera promesa del Mesías: «Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar» (Génesis 3:15). En otras

palabras, Dios le está diciendo a satanás que en esta guerra entre el bien y el mal él ganó una batalla, pero que la simiente de la mujer le va a herir en la cabeza.

Esta promesa apunta a la cruz, donde el Señor derrotó a satanás. Cristo vino «nacido de mujer» (Gálatas 4:4), y por medio de su muerte destruyó «al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo» (Hebreos 2:14). Podemos leer también 1 Juan 3:8 y Colosenses 2:15.

La mujer

Ahora el Señor pronuncia las consecuencias para Eva por su pecado: «A la mujer dijo: Multiplicaré en gran manera los dolores en tus preñeces; con dolor darás a luz los hijos; y tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti» (Génesis 3:16). La palabra «multiplicaré» nos dice que Dios haría grande el dolor. La Biblia no registra que Eva tuviera hijos antes de pecar; el primero, Caín, nació después de salir del huerto (Génesis 4:1). Desde entonces, dar a luz sería con dolor. Además, Dios le anuncia una nueva situación en su relación con su

marido: «tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti».

El hombre

Ahora termina con quien empezó las preguntas, con Adán: «Y al hombre dijo: Por cuanto obedeciste a la voz de tu mujer, y comiste del árbol de que te mandé diciendo: No comerás de él; maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida. Espinos y cardos te producirá, y comerás plantas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás» (Génesis 3:17-19).

Para Adán valió más la voz de su esposa que la voz, o sea, el mandato de Dios. La tierra fue maldita por su culpa, y ahora le produciría espinos y cardos. Ahora tenía que trabajar más: primero para quitar la maleza y después para plantar. Ya no solo iba a labrar y guardar. Esto lo haría cada día hasta que volviera a la tierra de donde fue tomado.

Dios no miente

Dios había dicho: «el día que de él comieres, ciertamente morirás» (Génesis 2:17). Satanás dijo: «No moriréis». ¿Qué pasó? Ese mismo día murieron espiritualmente: quedaron separados de Dios, y por eso se escondieron de Él. El pecado nos separa de Dios (Isaías 59:1-2). Y ese mismo día comenzó también su muerte física: Adán vivió en total 930 años, y murió (Génesis 5:5). Dios no miente. Podemos leer Hebreos 9:27.

La misericordia de Dios

A pesar de la desobediencia, vemos a Dios que está razonando con ellos y, sobre todo, que siente amor por su creación: «Y llamó Adán el nombre de su mujer, Eva, por cuanto ella era madre de todos los vivientes. Y Jehová Dios hizo al hombre y a su mujer túnicas de pieles, y los vistió» (Génesis 3:20-21).

Las hojas de higuera eran temporales: se marchitaban y se dañaban pronto. Dios les hace ropa apropiada, que los cubre mejor y les dura más: túnicas de pieles de animales. Para eso tuvieron

que morir animales. El texto no dice más, pero nos hace pensar en que sin derramamiento de sangre no se hace remisión (Hebreos 9:22), y en que solo Dios puede cubrir de verdad nuestro pecado. ¿Vemos en este acto a un Dios vengativo o a un Dios amoroso?

Fuera del huerto

En esta historia todavía falta: «Y dijo Jehová Dios: He aquí el hombre es como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal; ahora, pues, que no alargue su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre. Y lo sacó Jehová del huerto del Edén, para que labrase la tierra de que fue tomado. Echó, pues, fuera al hombre, y puso al oriente del huerto de Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida» (Génesis 3:22-24).

Si el hombre seguía en el huerto, iba a tener acceso al árbol de la vida y, estando ya en pecado, iba a comer y vivir para siempre en esa condición.

Sacarlo del huerto también fue un acto de misericordia.

Dios puso querubines y una espada encendida que se revolvía por todos lados. No había forma de volver al huerto. Se perdió.

Ahora Adán y Eva iban a comprender mejor lo que es morir espiritualmente. Estoy seguro de que los años más hermosos de Adán fueron cuando vivían en el huerto. La mejor bendición que tenían era la comunión con Dios, pero la perdieron: la tuvieron en poco.

La restauración en Cristo

Al huerto no se podía volver, pero sí había forma de restaurar la comunión con Dios. Por eso nuestro Señor Jesucristo vino a la tierra: para reconciliarnos con su Padre (Juan 3:16; 2 Corintios 5:18-19). Así como por la desobediencia de un hombre muchos fueron constituidos pecadores, por la obediencia de uno muchos serán constituidos justos (Romanos 5:19). Justificados por la fe, tenemos paz para con Dios (Romanos 5:1), y ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús (Romanos 8:1).

Y tú, ¿dónde estás?

La pregunta que Dios le hizo a Adán sigue siendo para cada uno de nosotros hoy: ¿Dónde estás tú?

- ¿Estás escondido de Dios por miedo o por vergüenza?
- ¿Estás culpando a otros de tus propios pecados?
- ¿Estás tratando de cubrirte con tus propias «hojas de higuera»: excusas, obras propias o apariencias?
- ¿O estás vestido por Dios en Cristo? «Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos» (Gálatas 3:27).

Dios te está llamando. No te escondas de Él: ven a Cristo y vuelve a tener comunión con tu Creador.